

Y por lo que toca á la obra entera, pública y privada, hay un elemento social á quien, más que á nadie, cumple llevarla á término. Repetidas veces la juventud, ansiosa de acción, desengañada de los partidos viejos, desorientada en punto al camino que debe seguir, ha pedido un programa digno de su ardor generoso. ¡Ahí le tiene! Tómelo por suyo y ponga en él su alma entera. Y si alguien, á título de razonador, le observa que, por ser en algún modo programa de *raza*, adolece de exclusivismo, contéstele que no fuimos nosotros los primeros que deslindamos campos y separamos razas, sino los germanos y los sajones que, no ahora, á comienzos del siglo XIX, por boca de Fichte (más tarde secundado por Gervinus y hoy día por los *jingoes* y los imperialistas de Norte América y de Inglaterra) lanzaron el reto y se propusieron borrarlos del mapa de las naciones con derecho á vivir y á influir en el mundo.

Psicología hispanoamericana ⁽¹⁾

I

El estudio de la psicología de un pueblo comprende muchas cuestiones que conviene distinguir y que con frecuencia separan—aun sin percatarse de ello—los mismos investigadores, movidos por la finalidad de su investigación. Algunas de esas cuestiones son independientes entre sí, hasta donde cabe dentro de la unidad orgánica del sujeto; de manera que la resolución de cada una, ó las conclusiones á que en ellas particularmente se llegue, pueden ser indiferentes para la resolución ó las conclusiones de las restantes.

No cabe duda, verbigracia, que la causa ú origen de los caracteres psicológicos que en un momento dado presenta un pueblo, ya se coloque en el predominio de un elemento antropológico ó de raza, ya en el efecto secular de un medio físico, ya en la presión de instituciones humanas (la Inquisición, por ejemplo, que se cita muy á menudo al hablar de los españoles), ni añade ni quita cosa substancial á la existencia de tales ó cuales rasgos característicos que la observación acusa. Y es un gran bien que así sea. Pues hallándose aún tan en mantillas la ciencia respecto de estos asuntos de origen, y siendo quizá imposible en algunos de ellos que pase jamás de ese estado, por carencia de fuentes de información, no por ello sufre nada la psicología pro-

(1) Prólogo á la obra de Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*.

piamente dicha, es decir, la determinación lisa y llana de las cualidades del espíritu colectivo, abstracción hecha de toda hipótesis genética.

De igual modo hay que distinguir entre los diferentes estados psicológicos—á veces contrarios—por los que pasan, en la sucesión de los tiempos, las colectividades, y la psicología fundamental que puede deducirse de las notas comunes, persistentes, advertidas en todos ellos y que no pueden determinarse sino estudiando grandes lapsos de tiempo; aun cabe dudar si es posible determinarlas—como no sea á título provisional y añadiendo la reserva de que «hasta ahora por lo menos»—respecto de naciones que aun viven y cuyo porvenir es, como todó lo que á la sociología humana se refiere, muy incierto y muy dado á chasquear á los que ofician de profetas.

Finalmente, cuando la psicología del pueblo se estudia con un fin de esos que la gente llama *prácticos*—á saber, con un fin político, pedagógico, etc., de aplicación inmediata—, y no por mera curiosidad especulativa de conocer la verdad sin miras ulteriores, puede hasta no importar nada la génesis ni las notas fundamentales, y si tan sólo el estado presente, contra el que, por ejemplo, se intenta reaccionar; ó bien su comparación con estados pretéritos que pongan en evidencia lo expuesto á error, ó sea los juicios demasiado absolutos que sobre la única base de lo actual suelen hacerse.

Esta última posición es, verbigracia, la que yo he tomado en mi *Psicología del pueblo español*. Contra las afirmaciones rotundas de los que, partiendo de nuestra actual decadencia—indiscutible y, por desgracia, cada vez mayor en ciertos círculos y esferas de nuestra sociedad, y particularmente en las clases directoras—, diputaban á nuestro pueblo por constitucionalmente refractario á toda cultura, incapaz de producir nada que pueda incorporarse á la corriente general de la civilización (repitiendo así la consabida tesis de M. Masson y demás hispanófobos), he puesto las enseñanzas de la historia y el resultado de las investiga-

ciones de multitud de eruditos nacionales y extranjeros, que muestran cómo en más de una ocasión y en más de un orden de cosas intelectuales, España, no sólo marchó á compás con las otras naciones, sino que aun se adelantó é influyó en ellas. Y reforcé el argumento haciendo ver—á mi juicio con pruebas firmes—que aquellas condenaciones absolutas de nuestro pueblo, no sólo eran falsas por la existencia de hechos en contrario (imposibles si hubiera *incapacidad constitucional* en la raza), sino también porque las generalizaciones antropológicas é históricas en que suelen basarse, lejos de estar probadas, son completamente inseguras. Fuera de la psicología *actual* del pueblo español, que por ser materia observable personalmente y en vivo cabe estudiar en toda la complejidad de sus manifestaciones (aunque no diré yo que por entero se haya estudiado), todavía no podemos *científicamente* formular la psicología de nuestro pueblo, ni por lo que toca á su fisonomía peculiar en cada período histórico y en cada elemento de los que han contribuido á formar la nación, ni mucho menos por lo que se refiere á las notas fundamentales expresadas hasta ahora. Y no se me negará que demostrar la imperfección de nuestro conocimiento actual en este asunto, y por tanto la imposibilidad de establecer conclusiones mientras no proceda una revisión y un estudio profundo del material disponible, es plantear substancialmente el problema de la psicología española, aunque de un modo negativo respecto de lo que ordinariamente se da como tal psicología, suponiendo la cosa averiguada.

Queda después de esto la segunda parte, á saber: la realización de ese estudio en forma tal, que permita afirmaciones algo más que hipotéticas. Pero esto ya no entraba en mi propósito, al cual bastaba mostrar lo complejo é ignorado de la cuestión, y en lo referente al punto concreto de nuestra supuesta incapacidad intelectual, la negación que opone nuestra historia; porque mi intención era especialmente levantar el ánimo de los pesimistas, infundir creencia en la posibilidad de la regeneración, y exponer mis

ideas sobre el tratamiento de la enfermedad presente en el aspecto que á mí, por mi profesión, singularmente me interesa. Lo demás del problema tiene sus investigadores propios; y justo es decir que en estos últimos tiempos, por la labor intensa y varia de Costa, de Unamuno, de Martínez Ruiz y otros eruditos, la luz va haciéndose, ya por lo que toca á ciertas notas comunes del pueblo todo, ya en cuanto á las especiales del elemento castellano, que por algo ha sido el fundente de nuestra nacionalidad, hasta donde la fusión era posible.

Todas estas referencias al problema psicológico de nuestro pueblo, no son ociosas ni están motivadas en razones personales. Las justifican, de un lado, la interna unidad que existe entre el sujeto americano y el español, en virtud de la cual le son comunes muchos términos de su psicología; de otro, el propósito que ha guiado al señor Bunge al escribir su libro y el plan de éste. También mueve al señor Bunge un fin práctico, inmediato; un sentimiento patriótico; una honda tristeza de los males presentes y un deseo vivísimo de vencerlos. Pero él no tiene que desvanecer prejuicio alguno, ni en los suyos ni en los extraños. El peligro que necesita atacar en su pueblo es principalmente el de la inconsciencia de la enfermedad que padece; y de igual manera que hizo Fichte con los alemanes, Bunge busca ante todo el revulsivo que deriva de poner ante el pueblo el espejo fiel que refleje sus lacerias. En esto es duro, implacable; habla, no con la fría objetividad de un extraño, sino con la caliente elocuencia, con la furia hondamente dolorida de un padre que busca la enmienda de su hijo, confirmando la observación popular de que quien más quiere es quien más lágrimas hace verter á la persona querida.

Pese á todos los ensueños cosmopolitas—no siempre generosos—de nuestro tiempo, el hombre se ve irremisiblemente llevado, si no es un puro ideólogo ó un egoistón, á reflejar todos los grandes problemas humanos en el grupo de humanidad á que pertenece; y no sólo por razón de cariño, dado que ésta puede faltar, sino porque los defectos

de las gentes con quienes convive son los que inmediatamente le afectan y los que le dañan, incluso en sus puras conveniencias individuales, y además, porque á poco observador que sea, ha de saltarle de ojo que, así como no hay un Derecho natural abstracto, no hay tampoco una cuestión humana abstracta é igual para todos los pueblos, y que de la misma manera que por la complexión especial de cada uno y las circunstancias históricas en que se halla, se plantean esas cuestiones diversamente según sea el pueblo, así también en la resolución de ellas hay modalidades nacionales que es preciso tener en cuenta para no fracasar. Y el hombre, aunque se sienta distanciado de sus compatriotas en ideal, en cultura; aunque esté á cien codos sobre la masa, tiene que optar por uno de estos dos caminos: ó huir, buscando en otro pueblo medio á propósito para su persona, ó luchar desesperadamente en el suyo para levantarlo, con todo lo que él es y representa en el mundo, es decir, con su individualidad característica que, de perderse, traería aparejada la desaparición. De esos dos caminos, el primero es accesible á muy pocos. La vida teje á nuestro alrededor espesa red de necesidades que nos hace imposible casi siempre el cambio de sitio, tanto como en economía se hace imposible, la mayoría de las veces, el cambio brusco de industrias; y por eso (aun descontando, repito, el amor de la patria, de que muchos se avergüenzan), los más de los hombres tienen que quedarse y que luchar, ó que cruzarse de brazos resignados.

II

La lucha tiene un inconveniente grave, de que muy á menudo no solemos percatarnos, y es el abultamiento de los males próximos, cuya lanzada nos hiere directamente. Del mal remoto decimos: «Ahí me las den todas», y tendemos á

quitarle importancia; por lo menos, no nos conmueve sino mediante un esfuerzo de imaginación ó una sensibilidad... intelectual exquisita. Pero los de casa se nos hacen tan molestos, que acaban muchas veces por ocupar todo el campo de nuestra visualidad y nos llevan á ser pesimistas ó injustos para con nuestro propio pueblo. El señor Bunge parece preparado para evitar este error.

«Estudia tu patria—dice—, analizala, compárala, y verás que si hay malos, hay también buenos rasgos en su psicología... Extiéndela como un cadáver sobre tu mesa de trabajo y desgarras sus carnes con tu escalpelo de sociólogo. De la autopsia sacarás deducciones útiles; útiles para ti, porque la encontrarás quizá más sana de lo que imaginas; útiles para ella, porque acaso puedas coadyuvar modestamente á algún diagnóstico para que atienda sus dolencias.»

Pero no obstante su reserva antipesimista, es posible que el señor Bunge haya caído en el error que procura evitar.

Ciertamente, es muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional. Todos los dislates que se leen en los viajes por España y en los ensayos sobre nuestro país, de escritores franceses, ingleses, alemanes, etcétera, derivan de la falta de esa condición indispensable. Un rápido paseo por nuestras provincias, y aun muchos años de domicilio en Madrid sin salir, verbigracia, de la embajada y de los círculos aristocráticos, capacitan poco para dar sentencia firme acerca de un pueblo. Lo mismo digo respecto de América; y yo, que nunca he estado en ella—aunque deseo vivamente ir, porque mientras no vaya creeré que no conozco más que á medias mi pueblo—, me coloco en el número de los incompetentes. Pero aun dentro de esa incompetencia, tiene el extranjero una cualidad que á veces le permite sorprender rasgos de carácter que los naturales no ven con claridad, ó rectificar juicios dema-

siado absolutos de los mismos interesados. Esa cualidad es el *objetivismo* de quien no participa de las exaltaciones que necesariamente han de sentir los que están codeándose con los errores y vicios, sintiendo sus alfilerazos y luchando con ellos á brazo partido. Así, no es raro ver que—no obstante su ciertísima superioridad en muchas cosas—no pocos extranjeros de los que nos estudian sin prejuicios, son menos pesimistas que los más de los españoles. Eso me pasa á mí respecto de América. Es posible que ellos y yo nos equivoquemos, tomando por ejércitos numerosos los rebaños de inofensivas y vulgares ovejas; pero ¿y si no nos equivocamos?

La pereza criolla en que el señor Bunge ve la madre de todos los vicios hispanoamericanos (y ya sé que no todos sus compatriotas están conformes con esa apreciación), extiende sus ramificaciones á todos los órdenes de la vida. Pues bien; á mí me parece que en el intelectual—el único que conozco algo—la enfermedad no ha producido tantos estragos, ó por lo menos no es tan constitucional como el señor Bunge parece suponer. Verdad es que mi cualidad de español me hace un poco sospechoso. Desde este pobrísimo observatorio de España, fácil es que nos parezcan lujos cosas que para otros europeos serían quizá de poca monta. Pero ahora voy á decir llana y sinceramente mi opinión. Yo veo en América manifestaciones intelectuales que me revelan no ser tan fatal la pereza de *raza* que el señor Bunge acentúa duramente en su análisis, ni estar tan lejana la posibilidad de la regeneración. Cosas hay en que los hispanoamericanos son más *européicos* que nosotros los españoles.

Verdad es que el señor Bunge—á pesar de su teoría de la perdurabilidad de los caracteres étnicos—no desespera de la reforma: la cree posible, y la ve, como los que aquí la predicamos, en la *européización* de su pueblo, sin que esto quiera decir, creo yo, que el hispanoamericano pierda su individualidad, sino que se europeice (que se *humanice*, porque los Estados Unidos no son Europa, aunque miran á

ella más de lo que algunos creen) sin dejar de ser lo que es en el fondo de su espíritu, en lo que éste tiene de útil y de aprovechable para la civilización, como Rodó ha dicho y, á mi parecer, ha probado. Pero aun creyendo en la posibilidad de la reforma, el señor Bunge á veces parece hacerla imposible, á fuerza de recargar el color negro de su pintura. Y es que el señor Bunge, como aquellos primitivos padres de la Iglesia cristiana que reaccionaron contra el paganismo, contra la sociedad de su tiempo, se ve arrastrado sinceramente, y sin darse cuenta, á ensombrecer los vicios presentes, para hacer más vivo el horror á ellos y acrecentar el afán de la enmienda. Así creo yo que hay que interpretar su libro; y sus compatriotas serán injustos con él si no aprecian, en esas mismas exageraciones que yo creo advertir, la voz de alarma de un gran amor por el pueblo que necesita redimirse.

Al lado de esto, y ante la necesidad de ese efecto de revulsión, todo lo demás importa poco. Estoy seguro de que se discutirá mucho acerca de las causas históricas que el señor Bunge indica para explicar el estado presente. Yo mismo declaro tener grandísimas dudas respecto de sus teorías de razas, mezclas y derivaciones de caracteres, así como creo equivocado su concepto de la psicología española en algunas de sus partes. Pero todo ello—repito—es accidental. Aun suponiendo que fuese erróneo é hipotético, la realidad de las consecuencias actuales quedaría en pie; y aun descontando, mediante una crítica rigurosa, los abultamientos hijos de la generosa pasión de la enmienda, quedaría bastante culpa, bastante negrura para justificar el latigazo. Lo que importa es que éste levante ampolla y excite á la acción. ¿Qué más puede pedir quien escribe, como el señor Bunge, iluminado por el más puro amor á la tierra que es su patria?

Pero hay una cosa en los entusiasmos con que el señor Bunge traza el reverso de su pintura americana, al señalar el camino (mejor dicho, la orientación de la reforma) en que yo quisiera que la fácil exaltación de aquel pueblo

—que en esto es como el mío—no se extraviase. Ellos y nosotros necesitamos *européizarnos*, sí: pero no nos engañemos respecto de lo que es Europa, de lo que es el mundo civilizado. No lo tomemos en bloque, sin selección, porque corremos peligro de añadir á nuestros vicios otros que no tenemos ó que han ido debilitándose en nuestras costumbres. La crueldad no es europea—creo el señor Bunge—. Sí; por desgracia, es tan europea como americana; es *humana*, todavía. Díganlo los horrores de la intervención en China; los de la colonización francesa; los de las guerras de los ingleses en África; los de las tropas yanquis en Filipinas; los de Rusia... Esa crueldad que representa el rezago de la barbarie, no es accidental en las naciones que se llaman civilizadas; va ligada á lo más hondo de su constitución presente y de su acción en el mundo; condiciona é inspira la conducta de sus clases directoras y su política internacional; es decir, su concepto de los demás hombres y los sentimientos que respecto á ellos tienen; y lo que hoy son tales naciones, en muchos sentidos, de ella deriva, de modo que renunciando á ella se vendría abajo lo más de la grandeza exterior que asusta á los débiles.

Ya sé yo que á muchos parece natural y necesaria esa brutalidad de la ley del más fuerte. Á mí no; porque aun dado que la crueldad sea uno de los elementos irreductibles de la psicología humana (á veces sofocado por capas exteriores de cultura, pero siempre vivo en el fondo), me basta el ejemplo de la victoria sobre él que muchos individuos alcanzan, para no creerlo fatal ni indispensable, porque lo indispensable y fatal de la vida no es vencible.

Y por creerlo, no sólo posible de vencer, sino perjudicial, inhumano, rémora de la civilización y opuesto á la ley del amor, digo á los que toman por modelo á esos pueblos y los señalan como tal á las muchedumbres: «¡Tened cuidado! ¡tened cuidado! El ejemplo es muy elocuente; y cuando lo da quien es tenido por perfecto, ó á lo menos por muy superior, se hace irresistible. El tipo europeo de vida tiene cosas buenas, cosas admirables; tomadlas,

pero cerniéndolas bien para que se separen de las malas, para que en el contacto con el todo no perdáis las que á vosotros os quedan, las consubstanciales. No olvidéis que, por ser tan complejo y mezclado el espíritu de los hombres, hay que distinguir, distinguir siempre en él, y que atenerse al consabido proceder del filósofo: «Tomo la verdad donde la encuentro, sin preguntar de dónde viene; pero nada más que la verdad.» Y para ello, lo primero que hace falta es discreción para separar lo verdadero de lo falso, el oro de lo que simplemente reluce. Con esas precauciones por delante, bebed en la copiosa fuente de la civilización moderna; imitad á los que subieron más peldaños en la escala quebradísima de la educación humana; no creáis demasiado en fatalidades antropológicas y sellos imborrables de raza; atreveos á todo lo que otros hayan conseguido... y «sed vosotros mismos siempre», no á la manera del egoísta Peer Gynt, sino con el profundo sentido de Brand.»

Y decididos á ello, trabajad. Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no seáis vosotros mismos, os costará caro. «Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas», ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará á obtenerlas de otro modo. La vida prestada, no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vivir, su precio es la libertad.

El problema latino

Mi querido amigo Alfredo Calderón ha dedicado á *Los latinos* un artículo que, como todos los suyos, plantea la cuestión en firme y no regatea la verdad, aun á riesgo de parecer pesimista. Pesimista lo juzgarán muchos; pero la cuestión es esa y no otra. La civilización de los pueblos latinos está hoy sobrepujada por la de otros de cepa distinta. Imitar á éstos para borrar las diferencias y ganar el camino perdido, es cosa asequible, dependiente de la voluntad. De tenerla á no tenerla, les va á los *nuestros* la vida, la representación en la Historia. Considerado desde el punto de vista particular de cada nación, sería esto una gran desgracia; pero la especie se consuela pronto de tales pérdidas. Lo grave es que la anulación del elemento *latino* mutilaría á la Humanidad, quitándole elementos espirituales de una significación y un valor irremplazables; y lo que podría halagar en un comienzo el egoísmo de algunos, cedería al cabo en detrimento de todos.

Debemos reconocer que ese es el aspecto más serio de la cuestión y el derecho más fuerte á la vida que tenemos los latinos. Todo otro argumento se puede tachar de egoísta é interesado. Miradas las cosas con el criterio de la salud general, el empleo que un pueblo atrasado y moroso en su reforma puede tener, de seguir viviendo y embarazando con su inutilidad y sus defectos el camino de la Historia, no merece el respeto de nadie. Los pueblos nuevos, los